

Sacramentales

Este es un libro al que se ha ignorado de modo deshonesto. Hubo una excepción, y joven desde luego, porque la salutación a lo “nuevo” parece ser tarea vedada para la juiciosa y bibliográfica crítica de la prensa comercial. Para que se oiga ruido de tambor en este país, la primera condición es un aparato de propaganda, relaciones públicas; la segunda, un sorprendente espíritu tribal que agrupe tanto desorden individualista. En sucesión estricta, una cosa ha sido lograda por los dueños de la administración mental de la nación, especie de AVI del pensamiento, y la segunda por un grupo de subversión cultural, de violencia canina en el mordisco pero de errado hocico en el desguace. Ese club de inclementes es el “Techo de la BALLENA”.

Siempre hemos pensado que algunos elementos de *Sacramentales* han sido aprovechados por los techistas: digamos, por ejemplo, que lo que es lenguaje en Guédez¹, en los techistas culmina como actitud. Guédez, en esta forma, no obstante pertenecer a una confabulación literario-política como es “Tabla Redonda”, acerca su poesía a estos refugiados de garaje y muestra parentela ideológica con ellos. Podrá ser un error, pero dejamos en pie la observación.

Sacramentales, de la trinidad de necesidades inmortales señalada por Baudelaire, posee una, la sorpresa, frente a otras dos reunidas por el libro de

¹ Jesús Enrique Guédez

Calzadilla: el ritmo y la monotonía. Una contra dos no significa desmerecimiento, sino tónica. La tónica sacramental es sorpresiva.

Léxico rico, medievaresco y rabelesiano, derivativo y audaz; disposición sintáctica no convencional y con una influencia que vamos a callar; pase de la vivencia presente a estados temporales casi sepultos; y, en fin, capacidad de asombro y gesto sorpresivo, no como preparación para un desenlace al estilo “suspenso” sino como manera de tomar el material vital.

En el poemario *Sacramentales* -un tercio de la jornada-, es lo primario; pocas veces un recorrido experiencial dio tan excelente poesía. Allí está Barinas, el punto equis del universo donde vino a parar esta casualidad creadora. Un estremecimiento de conciencia cruje en el clan de la peste o la procesión, un punto luminoso se agita en el farol de las carretas y, en oficio de llave y obturación, la oficina y las policías delatan la presencia del hombre de ciudad, solo, monacal, cultivando su lenta neurosis y sus dudas revolucionarias. Esta valentía de lenguaje en el punto crítico que calificamos de “llave”, de “obturación”, sin duda apareja una valentía civil también. Lo creemos, pero sin dejar de notar que es un concubinato ético al que Guédez se vio empujado para impedir un desdoblamiento peligroso.

La segunda estancia, Alcino, tiene más pierde que gana. Su procedencia literaria luce atrayente para nuestro gusto, que admira más el vivir que la impregnación momentánea -por lecturas, estados anímicos o trances- de ese vivir.

El último paso, en ese que “toman las alas”, lo entendemos como una peripecia erótica expuesta sin miedo. Pero Guédez parece maestro en el recuerdo empírico, no así en la lechería sensual donde se nos antoja un poco “fumiste” y de genio travieso en la mañana, y asentado ciudadano a la hora de la televisión nocturna.